

*Los ejes discursivos  
y la religiosidad popular en el cuento  
Anacleto Morones: fanatismo  
y veneración a un santón*

MA. DE LOURDES ORTIZ SÁNCHEZ<sup>1</sup>

LITERATURA Y RELIGIOSIDAD POPULAR

La literatura se puede entender como una expresión del arte, que surge en el seno de la cultura, cuya materia prima es el lenguaje connotativo, esto es, plurisignificativo; tiene una finalidad comunicativa en el plano lingüístico, cumple una función estética y se inserta en un determinado contexto sociohistórico. La literatura se ha manifestado desde la antigüedad a través de géneros como la épica, la lírica y la dramática; sin embargo, desde siglos atrás también se crean novelas, ensayos y cuentos. En algunas épocas, la influencia de la religión en el arte ha sido evidente, por ejemplo, durante la Edad Media privó una visión teocéntrica del mundo y en la literatura hay continuas referencias a elementos cristianos. En el caso de la Hispanoamérica colonial, los géneros más cultivados fueron la epopeya, el teatro y la poesía, y en éstos se pueden encontrar influencias de la teología en la obra de autores como Pedro de Trejo, Hernán González de Eslava y Sor Juana Inés de la Cruz. Antonio Domínguez Hidalgo ubica la religión y el arte como categorías de la cultura y, en ese sentido, no están alejados una del otro (Domínguez, 1990).

La religión, en general, es definida como “ordenación consciente y recta entre la divinidad y el hombre [...] La relación, para ser religiosa,

---

<sup>1</sup> Doctora en Humanidades y Artes por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Docente-Investigadora de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Correo electrónico:

es por ambas partes consciente y libre; sin esto carecería de valores éticos y de consecuencias comprometedoras para la existencia humana” (Alessi, 2004: 404). En esta definición se enfatiza el aspecto de la corrección, es decir, “rectitud que no puede faltar por parte de la divinidad, por este lado es necesaria, pero que sí puede hacerlo por parte del hombre, por ese lado es hipotética y condicionada a la voluntad del yo, que puede trastocar el diálogo con el absoluto con actitudes impías o rebeldes” (Alessi, 2004: 404). En los conceptos se supone una realidad divina, el ser por antonomasia, que va personalmente al encuentro del hombre, por eso: “La religión se especifica como *respuesta humana* a las intervenciones de la divinidad en la historia” (Alessi, 2004: 407). Es necesario distinguir entre religión y religiosidad, ya que: “La religión implica vida interior contemplativa. La religiosidad, vida interior creadora, transformadora, innovadora” (Domínguez, 1990:36).

La religión se interpreta a partir de la relación efectiva entre Dios y el hombre, mientras que la religiosidad se entiende al considerar el carácter hipotético de la respuesta del hombre a Dios que se revela y, en fin, la forma en la que cada individuo vive la religión a su manera, y en su determinado contexto socio cultural. La religiosidad es, “[...] la dinámica impulsora de la creación cultural. La religiosidad entendida como la impulsión de las potencialidades humanas, unificadas para el bien colectivo, donde los individuos sean conscientes de su responsabilidad solidaria como base de su desarrollo y plenitud personales” (Domínguez, 1990: 37). Por tanto, el concepto de religión supera el ámbito de la cultura, porque allí se trata de la vivencia, del encuentro del hombre y Dios que se da dentro de una sociedad y una cultura determinadas, mientras que el de religiosidad se ha utilizado con frecuencia para expresar la dimensión religiosa del hombre a nivel cultural.

La religiosidad popular se entiende como “el conjunto de hondas creencias selladas por Dios, de las actitudes básicas que de esas convicciones derivan y las expresiones que las manifiestan. Se trata de la forma de la existencia cultural que la religión adopta en un pueblo determinado” (III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 1996: 444). La religiosidad popular o piedad popular se puede concebir como un proceso de inculturación de la fe, es la forma de entender, de sentir y de vivir lo religioso; es una expresión individual, aunque se viva en comunidad; por ejemplo, el rosario, el vía crucis, las devociones marianas, las visitas a los santuarios, las danzas, etc. (Maldona-

do, 1995). En los estratos sociales inferiores es, por lo general, donde más se pueden percibir las manifestaciones de religiosidad popular, es decir, los pobres son los sujetos activos o los protagonistas de la religiosidad popular, porque a través de ella el pueblo se evangeliza a sí mismo; por lo cual, este tipo de expresiones de fe se consideran genuinas. Sin embargo, también la piedad popular presenta aspectos negativos y se reflejan en la idolatría, el fetichismo, el fatalismo, la magia, el ritualismo, la superstición y el fanatismo (Bravo, 2001).

Luis Maldonado, en su artículo titulado “Religiosidad popular”, señala que entre lo popular y la parte oficial hay una relación dialéctica y distingue nueve rasgos propios de la religiosidad popular; a saber, lo mágico, entendido como el sentido de lo suprrracional y lo intuitivo; lo simbólico; lo imaginístico, se refiere a la imagen; lo místico, entendido como carga emotiva y vivencial; lo festivo y lo teatral, en relación al espectáculo, la representación, la puesta en escena que se realiza en una calle, una plaza o un barrio; lo comunal es su ámbito principal y se manifiesta cuando el pueblo se agrupa en cofradías,<sup>2</sup> hermandades, etc., y lo político porque “la religiosidad popular ha influido frecuentemente en el mantenimiento de una conciencia de pueblo y a veces de una lucha por la propia dignidad, emancipación y libertad” (Maldonado, 1993: 1193). Además, en la religiosidad popular se pueden distinguir tres niveles, el antropológico, porque las fiestas religiosas giran en torno a la vida familiar, las actividades agrícolas; el religioso, por su sentido trascendente, hierofánico (Eliade, 1996) y el cristiano, porque los ritos de iniciación se transforman en los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía (Maldonado, 1993). En la literatura se produce un verosímil de la religiosidad popular, Juan Rulfo la refleja en sus obras. La relación, pues, entre la literatura, la cultura y la religión es evidente. En cuanto a la religiosidad popular, ésta se da en el contexto de la religión católica, ha sido objeto de estudio desde diversas áreas del conocimiento como la sociología, la antropología, la historia y la literatura.

El objetivo del presente trabajo es analizar los aspectos del discurso, las expresiones de religiosidad popular, como la veneración a un personaje que algunos consideran santo y sus roces con el fanatismo, en el cuento “Anacleto Morones”, pues en el universo de ficción que crea Juan

---

2 Se refiere a una hermandad devota que se ejercita en obras de piedad.

Rulfo<sup>3</sup> se pueden encontrar este tipo de manifestaciones. El autor se inspiró en los ámbitos rurales del México posrevolucionario, en los que lo religioso determinaba las actividades más cotidianas. La metodología a seguir se plantea en varios apartados, en los que se discurre en torno a las creencias populares, las analogías entre la realidad sociocultural y el mundo literario, esto es, el Niño Fidencio y el Niño Anacleto, y cómo en la ficción se plantean discursos paralelos que evidencian, por un lado, la burla, la mentira y la estafa, por el otro, el culto y necesidad de creer en alguien que más parece un santón. La lectura que se sigue en el presente es de acuerdo al orden de la escritura que presenta el cuento, se trata de un acercamiento minucioso, esto es, línea a línea, de acuerdo a los párrafos; se pretende un análisis de los diálogos entre los personajes, desde el principio hasta el final, pues: “La lectura dirigida exige prestar atención a los detalles y a fragmentos mayores, y permite señalar lo que no es evidente en una primera lectura [...]” (Zavala, 2007:13).

#### LA DEVOCIÓN AL NIÑO ANACLETO EN RELACIÓN A LA RELIGIOSIDAD POPULAR

En diversas religiones, desde remotos tiempos, se ha venerado a individuos que se han distinguido por sus actos, sus virtudes y su comunión con la divinidad. En la Iglesia Católica: “En su raíz y origen, el culto a los santos arranca de la devoción a los primeros mártires cristianos y a sus reliquias” (Maldonado, 1985: 62). El obispo Francisco Orozco, Obispo Auxiliar de México, afirma:

---

3 Carlos Juan Nepomuceno Pérez Vizcaíno nació el 16 de mayo de 1917, en Sayula, Jalisco; adoptó el nombre de Juan Rulfo con el que se le conoció como escritor. Se dice que su infancia fue trágica, pues durante la infancia perdió a sus padres, por lo cual él y su hermano Severiano fueron enviados al internado Luis Silva, en Guadalajara. Estudió durante un tiempo en la Universidad de Guadalajara, pero desertó y se marchó a la Ciudad de México en donde intentó estudiar leyes en la UNAM, pero no pudo porque no le reconocieron sus estudios. Juan Rulfo fue becario en el Centro Mexicano de Escritores. Los cuentos que escribió se reunieron en *El llano en llamas* y se publicaron en 1953, también escribió la novela *Pedro Páramo* y *El Gallo de Oro*, incluso, se dice que inició una novela que tituló *El hijo del desaliento*, la cual destruyó porque no le publicaron un capítulo de ella en la revista *Romance*. Juan Rulfo recibió el Premio Nacional de Letras, el 25 de noviembre de 1970, de manos del entonces presidente de México. Los críticos señalan que la pérdida de su padre lo determinó tanto que vivió buscándolo, pues en ciertas cartas que encontraron después de su muerte, de forma incesante reconstruyó la madrugada en la que lo despertaron con la noticia de que había sido asesinado (López, 2001).

El concepto de 'santidad' no puede variar. Aquellos a quienes veneramos como santos, ya sean mártires en la Iglesia primitiva o a lo largo de la historia, o santos confesores en medio del caos de la Edad Media, en la época renacentista, igual que en los tiempos modernos, siempre presentan, todos ellos, un denominador común: fueron hombres y mujeres que lograron amar a Dios sobre todas las cosas y a su prójimo como a sí mismos, aun a costa de su propia vida, en el momento en que vivieron, en medio de las lacras y cualidades de su época. El ejercicio de las demás virtudes es una consecuencia de su entrega total a Dios y al prójimo (Havers, 1986: VI).

Para la comunidad cristiana, los santos son modelos a seguir, los intermediarios entre Cristo y los hombres, interceden ante él por ellos, y son capaces de conseguir del Señor, por ejemplo, la salud para los enfermos, por eso el pueblo asegura que hacen milagros. Antonio Rubial García señala que: “[...] los santos se convirtieron en patronos [...] sus reliquias que probaban su presencia en la tierra, aseguraban protección y solidaridad con los seres humanos; su méritos los convertían en los amigos del Señor y les daban el destacado lugar que ocupaban en el cielo” (Rubial, 1999:21). Los santos se transformaron en los compañeros, los amigos y los protectores del pueblo.

En el referente socioreligioso, a nivel popular, el santo se mitifica, trasciende por sus acciones, éstas se quedan en la memoria colectiva porque se le atribuyen determinadas virtudes, ya sea por sus cualidades visionarias o por, supuestamente, curar enfermos. Surgen santos apócrifos que en realidad son resultado de la leyenda, la propaganda, la mentira, el engaño, el fanatismo y la ignorancia. Lo que sí resulta innegable es que “a través de ellos una sociedad dada manifiesta, por medio de la antítesis y de la proyección, sus propios valores” (Rubial, 1999: 12).

El escritor mexicano Juan Rulfo se inspiró en los ámbitos rurales, en los que es común encontrar este tipo de expresiones religiosas populares, como la peregrinación y la veneración a los santos y santones, en las que se refleja la necesidad del colectivo de encontrar una manifestación divina, un modelo humano a quien seguir, o un pretendido nazareno que sólo con su contacto se adquiere la salud. Es indudable que la literatura se nutre de la realidad, incluso, en algunos momentos históricos el escritor se asumió como el portavoz del pueblo, el mentor que lo dirigía, quien criticaba y denunciaba las cuestiones sociales y políticas.

La literatura refleja la idiosincrasia de una comunidad, en un referente sociocultural urbano o rural; en la obra del autor mexicano

Juan Rulfo, en concreto, en el cuento “Anacleto Morones”, incluido en la antología de *El Llano en Llamas*, se identifican algunos elementos explícitos de religiosidad popular, ya que en el personaje que da título al cuento se encuentran indicios en torno a que un grupo de personajes femeninos lo ve como santo, esto es, creen que hace milagros, cura a los enfermos y dedicó su vida al bien de la comunidad. Con relación a esto, en Espinazo, Nuevo León, en la década de 1910-1920, corrió el rumor que un individuo de nombre José Constantino, conocido como el “Niño Fidencio”, se dedicaba a curar enfermos, y sus seguidores, que por lo general era el pueblo pobre, creían en sus cualidades visionarias. El llamado “Niño Fidencio” tenía una peculiaridad, no se desarrolló de sus órganos genitales, tenía voz infantil, y se creía que siempre llevó una vida excepcional (*Signo de los tiempos-Niño Fidencio*, 2011).

Fidencio surgió en un contexto histórico de persecución religiosa, en el que los feligreses se sentían amenazados y perseguidos por sus creencias. Al parecer el “Niño Fidencio” curaba con hierbas, realizaba operaciones, extraía tumores, por lo cual se valía de métodos sencillos, esto es, oraciones, introducía a los enfermos en un charco con fango, etc. Así como había quienes lo seguían y creían en sus milagros, también tenía detractores, pues lo consideraban brujo, charlatán y aseguraban que le gustaba rodearse de mujeres jóvenes y guapas (*Signo de los tiempos-Niño Fidencio*, 2011). En 1994 se conformó una secta fidencista que se consideró a sí misma cristiana, es decir, sin el reconocimiento y aprobación de la Iglesia Católica. El fidencismo se ha visto como un fenómeno sociológico, masivo y popular de gran fuerza en ciertos sectores de la población [*Fidencio, nacido para servir*, 2013].

Asimismo, en el universo literario rulfiano se menciona que el personaje del Niño Anacleto se rodeaba de mujeres vírgenes, hermosas y jóvenes, curaba a los enfermos, hacía milagros, tenía adeptos que lo consideraban un santo iluminado, pero también detractores. Como se puede apreciar, en ambos planos, el de la realidad y el de la ficción, los santones surgen en el contexto de la pseudo-religiosidad, los dos aparecen como taumaturgos y en su veneración hay buena dosis de credulidad y de fanatismo.

En el cuento “Anacleto Morones”, aparece reflejada la religiosidad popular a través de personajes, conceptos y acciones que son propios del ámbito eclesial, por ejemplo, en el primer párrafo: “¡Viejas, hijas del demonio! Las vi venir a todas juntas en procesión [...] Ve-

nían por el camino de Amula, cantando entre rezos, entre el calor, con sus negros escapularios grandotes y renegridos sobre los que caía en goterones el sudor de su cara” (Rulfo, 1995: 210). Los elementos que reflejan la religiosidad popular son: “demonio”, “procesión”, “rezos”, “escapularios”, porque son términos utilizados con recurrencia en las comunidades cristianas.

Lucas Lucatero, en cuanto ve acercarse a las mujeres, trata de esconderse y corre hacia el corral, sin imaginar que ellas entrarían hasta saludarlo de cerca, de una manera peculiar: “¡Ave María Purísima!”, lo cual representa, en tanto saludo, otro elemento de religiosidad popular. El deseo de que la Virgen María sea alabada es también un elemento de religiosidad popular. Las mujeres dicen: “Pues sí, Lucas Lucatero, al fin te hemos encontrado, gracias a Dios” (Rulfo, 1995: 211), lo cual indica una continua referencia a significantes cristianos entre las congregantes. Otro aspecto destacable, es que en las comunidades cristianas se usan los escapularios como señal de penitencia, pero en el relato se indica que las mujeres han encontrado otra forma de uso: con ellos se secan el sudor, sólo los portan para indicar su supuesta inclinación y/o interés en los asuntos religiosos. Lo cual puede interpretarse que las féminas han caído en el fanatismo y están lejos de arrepentirse de sus acciones. Lucas Lucatero les ofrece de comer o “un jarro de agua para remojarse la lengua” (Rulfo, 1995: 211). El acto de “remojarse la lengua” indica que están en la perdición, a pesar de pronunciar palabras del ámbito cristiano; lo cual puede relacionarse con la parábola del rico epulón, en la cual éste hallándose en el infierno, le pide al padre Abraham que mande a Lázaro para que remoje su dedo y se lo ponga en la lengua, según decía, porque le torturaban unas llamas (Lc 16, 19-31).

En los personajes femeninos se evidencia la hipocresía, por ejemplo, al preguntar a una de ellas si es Pancha Fregoso, la que se dejó robar por Homobono Ramos, dice: “—Soy, sí, pero no me robó nadie. Ésas fueron puras maledicciones. Nos perdimos los dos buscando garambullos. Soy congregante y yo no hubiera permitido de ningún modo...” (Rulfo, 1995: 211). Lucas Lucatero insiste en ofrecer agua a las mujeres, pero éstas en un primer momento la rechazan; sin embargo, él insiste y les da una jarra tras otra, ellas aceptan y se beben todo. El agua es signo de vida y ellas, a su manera, buscan vivir a partir de una devoción cargada de fanatismo; anhelan la vida, pero en realidad aceptan más el pecado y la muerte, irónicamente aconsejadas por el

Niño Anacleto. Lucas no representa al buen cristiano, porque no se muestra arrepentido; en cambio, se percibe en sus diálogos la malicia y la burla, pero también el nerviosismo por el montón de piedras que tiene en el corral, pues en realidad es la sepultura de Anacleto.

Otro elemento de religiosidad popular se identifica en Nieves, pues en cuanto Lucas Lucatero la provoca al recordarle el pasado, dice: “–No sigas diciendo cosas, Lucas. Ayer me confesé y tú me estás despertando malos pensamientos y me estás echando el pecado encima” (Rulfo, 1995: 214). El término “confesión” pertenece al ámbito eclesial, pues existe el sacramento de la penitencia, junto con otros seis, de los cuales los tres primeros son los de iniciación: bautismo, confirmación y eucaristía. El sacramento de la penitencia consta de seis pasos: examen de conciencia, dolor de los pecados, propósito de enmienda, confesión de boca, absolución y penitencia. Nieves hace referencia a la confesión, paso a partir del cual el pueblo ha llamado a este sacramento “confesión”, como si sólo se tratara de comunicar al confesor los pecados, sin estar seriamente arrepentido, y sin tener el propósito de enmendarse. En varios aspectos del cuento, se puede apreciar que los agentes o protagonistas en realidad no viven en estado de gracia, aunque aparenten honestidad y expresen su religiosidad.

En el cuento se muestra, poco a poco, que las mujeres han pecado de alguna manera, por ejemplo, Nieves abortó al hijo de Lucas Lucatero, y eso no le impide pertenecer a la Congregación de Amula. De esta manera se manifiesta la religiosidad popular, es decir, en ella se propicia que el cristiano viva la fe a su manera, con devoción, pero también con ignorancia, fanatismo y superstición. La religiosidad popular constituye una de las caras de la Iglesia, en ella se expresan las debilidades y necesidades humanas.

En el texto se pueden identificar otros elementos de religiosidad popular, a saber, las mujeres quieren la canonización de Anacleto; buscan a Lucas por ser yerno del Santo Niño y porque convivió con él; pero éste no acepta porque considera al famoso Anacleto un charlatán; además de acabar con las vírgenes de la región, incurrió en incesto al embarazar a su propia hija. La lectura del cuento evidencia información sobre la personalidad moral de los protagonistas. Sin duda, en este tipo de religiosidad las manías se confunden con el fanatismo y la ignorancia. En el cuento, Rulfo muestra cómo el pueblo vive la religiosidad y tiene la necesidad de creer en alguien.

En el relato se encuentra un tipo de narrador que se denomina homodiegético, que utiliza la primera persona del singular, porque a la vez que relata también participa en la historia, es decir, es un narrador que lleva el hilo conductor y en este caso también aparece como personaje, se trata de Lucas Lucatero, quien da su versión acerca de quién es Anacleto Morones, pero también se identifican las voces de las mujeres de la Congregación, quienes narran, desde su perspectiva, sobre el Niño Anacleto, el personaje ausente sobre quien gira todo el discurso.

El lector recibe información completa sobre las características de los personajes a través de Lucas Lucatero, quien desde que inicia el relato asume el protagonismo narrativo, y de esta forma se va conformando una imagen física y moral, ya sea por las acciones, por el discurso o por su forma de vestir, por ejemplo, de las mujeres de Amula, ya entradas en años, menciona que vestían de negro, usaban grandes escapularios, de forma constante se persignaban y entonaban rezos. Lucas proporciona información sobre el retrato físico de los personajes femeninos, pues dice “¡Viejas indinas! ¡Les debería dar vergüenza! Se persignaron y se arrimaron hasta ponerse junto a mí, todas juntas, apretadas como en manojo, chorreando sudor y con los pelos untados a la cara como si les hubiera llovido” (Rulfo, 1995:210). Aurora Pimentel, al respecto, señala que “[...] al caracterizar un personaje por su apariencia física, una buena parte del ‘retrato moral’ ya está dado. Además, al mismo tiempo que el narrador proyecta la imagen del personaje, define de manera oblicua su propia postura ideológica, e incluso la del autor” (Pimentel, 2005:75). En este caso, Lucas se perfila como un personaje de ideas contrarias a las de las mujeres, pues mientras ellas le plantean un asunto con seriedad, él se burla de su intención de canonizar a Anacleto Morones, pues en su opinión se trata de un embustero y estafador.

Las voces discursivas de los personajes femeninos ayudan a construir la imagen moral de Lucas, quien se muestra como un sujeto atrevido, oportunista, dispuesto al galanteo, burlón, que astutamente dirige la conversación y saca a relucir aspectos de la vida de las mujeres que contrastan con su actitud religiosa y con su apariencia física. Además, parece tener una visión “real”, esto es, distinta respecto al personaje Anacleto y de su hija. Lucas no se muestra como un hombre religioso, por el contrario, es irrespetuoso, utiliza un tono irónico, se mofa de que

las mujeres crean que Anacleto es un santo; el único temor que siente es que Anacleto regrese. Las mujeres, aunque lo ubican como alguien poco confiable y maledicente, lo buscan porque requieren su testimonio para realizar su idea de canonizar a Anacleto en Roma.

En la obra quien tiene más participación como narrador es Lucas Lucatero, pues proporciona información al lector sobre otros aspectos del relato como el tiempo y el espacio, es decir, se emplea la analepsis o retrospectiva temporal para evocar quién era y qué hacía Anacleto antes que la gente lo considerara santo. En el cuento se pueden identificar dos ejes discursivos, el de Lucas Lucatero, pero también el de las mujeres de la Congregación; ambas visiones van paralelas y resultan antagónicas, pues Lucas asegura conocer todas las mañas de Anacleto Morones, de quien menciona que en realidad se dedicaba sólo a la venta de santos, esto es, todo surgió a raíz de que un día “[...] pasaron los peregrinos. Lo vieron. Se pararon a ver la curiosidad aquella [...] Entonces él se puso los brazos en cruz y comenzó a decir que acababa de llegar de Roma, de donde traía un mensaje y era portador de una astilla de la Santa Cruz donde Cristo fue crucificado” (Rulfo, 1995:217). Lo anterior indica que, según Lucas, Anacleto Morones era en realidad un charlatán que aprovechó la oportunidad y por eso inventó una historia que los peregrinos creyeron. Les refiere a las mujeres “Ellos lo levantaron de ahí en sus brazos. Lo llevaron en andas hasta Amula. Y allí fue el acabose [...] Y yo nomás me vivía con la boca abierta, mirándolo engatusar al montón de peregrinos que iban a verlo” (Rulfo, 1995:217).

Si se toma el discurso de Lucas como información confiable, entonces Anacleto en realidad engañaba al pueblo, al pretender emular las acciones de Jesucristo y dedicarse a “curar” a los enfermos, pues según la tradición cristiana, éste se destacó por su predicación del reino de Dios y por sus milagros, las personas enfermas sanaban con sólo tocarlo. Lucas señala que Anacleto era en realidad un demonio, engañador, mentiroso, que obtuvo beneficios económicos, favores sexuales y adquirió poder gracias a la ignorancia del pueblo y de sus necesidades, que, incluso, buscaba la compañía nocturna de mujeres a quienes aprovechó; asimismo, Lucas también evidencia a la hija de Anacleto como una embustera y sinvergüenza. Dice a las congregantes: “La corrí. Y estoy seguro de que no está con las Arrepentidas, le gustaba mucho la bulla y el relajo. Debe de andar por esos rumbos desfajando pantalones” (Rulfo, 1995:216).

Lucas Lucatero proporciona el retrato moral del personaje Anacleto, dista de ser un testigo de la santidad y de forma constante chancea a las mujeres y menciona que sus “milagros” consistían en hacer hijos, por lo cual: “Dejó sin vírgenes esta parte del mundo, valido de que siempre estaba pidiendo que le velara el sueño una doncella” (Rulfo, 1995:219). Afirma también que el pretendido Nazareno le heredó un costal de vicios, que su inclinación moral era hacia el mal, nunca se preocupó por el bienestar de la gente que lo seguía, su intención era siempre estafar a los ingenuos que creían en él, por supuesto, los personajes femeninos reclaman y se indignan, pero les aclara que, en todo caso, éste era peor que él.

En el otro eje discursivo, el que llevan los personajes femeninos, se percibe una idea distinta de Anacleto Morones, pues las mujeres constantemente dan muestras de su veneración que cae en el fanatismo,<sup>4</sup> se apasionan y niegan de forma contundente que se trate de un engañabobos, se aferran a la creencia de su santidad y desoyen la versión de Lucas. Llegan hasta su casa porque pretenden convencerlo que testifique sobre los milagros del niño Anacleto, pues, aseguran: “El señor cura nos encomendó le lleváramos a alguien que lo hubiera tratado de cerca y conocido de tiempo atrás, antes que se hiciera famoso por sus milagros. Y quién mejor que tú, que viviste a su lado y puedes señalar las obras de misericordia que hizo” (Rulfo, 1995:215). Las mujeres están convencidas de la santidad de Anacleto y por eso pretenden su canonización. Por supuesto, no creen en las palabras burlonas de Lucas a quien califican de ateo, hereje, impío y mentiroso.

Para las mujeres, Anacleto, como Jesucristo, ascendió al cielo en cuerpo y alma e incluso curó un enfermo de sífilis, lo aseguran sin tener pruebas y porque su adoración raya el fanatismo. La hija de Anastasio, por ejemplo, afirma su testimonio y dice: “[...] fuimos a ver al niño Anacleto y él lo curó. Lo quemó con un carrizo ardiendo y le untó de su saliva en las heridas y, sácatelas, se le acabaron sus males. Dime si eso no fue un milagro” (Rulfo, 1995:221). Lo anterior demuestra que estaban persuadidas de sus poderes curativos. Para ellas era un amigo, un consejero que las guió en la vida, un padre que las protegió, un santo que las curó de sus males físicos y espirituales. Otra mujer ex-

---

4 Fanatismo viene de *Fanum* que significa templo, se ha usado en sustitución y a la vez que entusiasmo, que en el uso contemporáneo lo ha sustituido para indicar la certeza de quien habla a nombre de un principio absoluto y que pretende que sus palabras tengan la calidad de absoluto (Abbagnano, 1995: 521).

presa: “Yo soy huérfana y él me alivió de mi orfandad; volví a encontrar a mi padre y a mi madre en él. Se pasó la noche acariciándome para que se me bajara mi pena” (Rulfo, 1995:219).

Los personajes femeninos se pueden identificar como los principales agentes de la religiosidad popular, ya que son ellas quienes pretenden impulsar la canonización del Niño Anacleto y por eso buscan testimonios de sus milagros, incluso, se pone en duda que la parte oficial de Amula las apoyara en su idea, ya que un proceso de canonización es largo y se deben tener testimonios confiables, y la intención de las mujeres se puede entender como un acto de ingenuidad que cae en el fanatismo. En el cuento también se menciona que así como el Niño Anacleto tenía seguidores, también había quienes lo señalaban como un brujo, estafador y que incluso las autoridades lo encarcelaron durante un tiempo.

En la obra se percibe una doble moral en los personajes y conforme se avanza en la lectura del cuento, se obtiene más información sobre ellos, no sólo de Anacleto y su hija, sino también de las féminas, pues hay aspectos importantes sobre sus vidas que se mencionan o insinúan, por ejemplo, de Nieves García, quien expresa con cierto rencor que se vio en la necesidad de abortar al hijo que concibió con Lucas, quien a su vez le dice: “Nieves... Nieves. Cómo no me voy a acordar de ti. Si eres de lo que no se olvida... Eras suavcita. [...] Te siento todavía en mis brazos [...] y te arrejuntabas mucho conmigo. Te repegabas tanto que casi te sentía metida en mis huesos” (Rulfo, 1995: 214).

Micaela es otra congregante, quien aclara que una cosa es ser soltera y otra señorita y que el Santo Niño le aconsejó juntarse con un hombre, por lo cual se justifica: “Tuve que hacerlo. Qué me ganaba con vivir de señorita. Soy mujer. Y una nace para dar lo que le dan a una [...] Eso de tener cincuenta años y ser nueva es un pecado” (Rulfo, 1995:220). El final del cuento es revelador, en ese sentido, pues Pancha Fregoso acepta pasar la noche con Lucas, sin embargo, se queja porque éste no es cariñoso y afirma que el Niño Anacleto sí sabía tratar a las mujeres y hacerles el amor. Lo anterior evidencia que, por un lado, las mujeres estaban convencidas de la santidad de Anacleto Morones, que intercedía por ellas ante el Señor, de su bondad al curar a otros, pero también aceptaban como “normal” que varias hubieran pasado la noche entre sus brazos e incluso lo justifican al decir: “Eso lo hacía por pureza. Por no ensuciarse con el pecado. Quería rodearse de inocencia para no manchar su alma” (Rulfo, 1995:219).

El único personaje que no se delata ante los otros es Lucas Lucate-ro, quien astutamente dirige el discurso y las mujeres no perciben, entre sus indirectas y chanzas, su nerviosismo desde que llegaron, que se evidencia en sus continuas vueltas al corral para comprobar que Anacleto sigue bajo un montón de piedras y en su urgencia por echar de su casa a las mujeres, esto es, se revela que sólo él sabe dónde están sus restos, que en realidad fue Lucas quien mató al que aparentaba curar a otros; parece que nadie investigó su desaparición; ellas construyeron una explicación sobrenatural, al considerarlo santo y sus enemigos no se ocuparon del asunto. Las mujeres, incluso, mencionan: “Te has venido muy lejos. A este lugar escondido. Sin domicilio, ni quien dé razón de ti” (Rulfo, 1995: 212). Casi al final del relato, Lucas evoca en su mente que bajo el montón de piedras están los restos de Anacleto y que “[...] se había muerto el mismo día que se fugó de la cárcel y vino aquí a reclamarme que le devolviera sus propiedades” (Rulfo, 1995:222).

El aspecto más tratado en los personajes del cuento es el moral, por el tema que se plantea, esto es, la religiosidad popular, la participación femenina, en un ámbito rural, que se comprueba por las descripciones y por el habla de los personajes, en torno al personaje Anacleto; queda claro que los personajes no son lo que aparentan, todos se inclinan hacia el mal, esconden algo, viven marcados por algún acontecimiento ocurrido en el pasado, por ejemplo, las mujeres ocultan sus encuentros carnales con Anacleto, abortos, deslices, y están más involucradas en lo mundano que en lo espiritual. Lucas se evidencia como el cómplice de un charlatán y su asesino.

## CONCLUSIÓN

Es evidente que la literatura no tiene la finalidad de describir la realidad de manera fiel, sin embargo, el escritor se inspira en su entorno sociocultural para crear una obra literaria, artística, que testimonia la esencia de los seres humanos. El autor mexicano Juan Rulfo plasmó en sus creaciones literarias la idiosincrasia de un pueblo con necesidad de creer, de forjar santos, que ve en la religión una necesidad, que vive y expresa una religiosidad, pero también padece los abusos de los caciques, el asesinato, el incesto, el amor, la muerte, la mentira, el engaño, etc. En el cuento “Anacleto Morones” se percibe un tono irónico en el

personaje narrador, él es quien evidencia la otra cara de la moneda, en relación a los demás personajes, quienes, si se considera esta información, no son realmente lo que dicen o aseguran ser, Anacleto no era un santo, su hija no era la mujer casta y buena que parecía, ni las mujeres de la congregación de Amula eran honestas y respetables como aparentaban. En el cuento, las acciones pasadas y presentes poco a poco caen por su propio peso, la astucia discursiva del personaje Lucas paulatinamente revela la personalidad moral de las mujeres y de Anacleto, a tal punto que en algún momento emplean un tono de confesión y aluden a sus vidas, lo cual ayuda a tener un retrato más completo y evidencia que los personajes no son lo que parecen.

En el cuento se pueden identificar diversos elementos de la religiosidad popular, sobre todo los conceptos: “sacerdote”, “congregación”, “santidad”, “canonización”, “demonio”, “rezos”, “escapularios”, “María Purísima”, “gracias a Dios”, “confesión”, etc.; además, la idea de un hombre, Anacleto Morones, que una parte del pueblo lo concibe como santo; el contenido de los diálogos entre Lucas Lucatero y las mujeres de Amula, en el que se revela la calidad moral de los personajes en relación a la santidad. Paulatinamente se evidencia que todos los personajes del cuento son pecadores. Juan Rulfo muestra que el fanatismo es una realidad en el pueblo mexicano, así como la tendencia a vivir la fe a su manera, que constituye una necesidad. De manera indirecta y, tal vez sin proponérselo, evidencia también el reto de la Iglesia de realizar una catequesis permanente, para contrarrestar la ignorancia y el fanatismo. En los dos ejes discursivos se trabaja el contraste de posturas, pues mientras las mujeres defienden al Niño Anacleto, Lucas asegura que era todo lo contrario, un engañador, embaucador y charlatán. A través del discurso se revela la calidad religiosa y moral de los diferentes personajes; sobre todo, se aclara la verdad sobre la vida de Anacleto. ❀

#### BIBLIOGRAFÍA

- Abbagnano, Nicola. (1995). *Diccionario de filosofía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Andrade A. y Andrade A. (2011). *Signo de los tiempos-Niño Fidencio*. México: Canal Once y Pisito Trece producciones. Recuperado el 22 de julio de 2014 de YouTube.com.

- Alessi, Adriano. (2004). *Los caminos de lo sagrado. Introducción a la filosofía de la religión*. Madrid, Ediciones Cristiandad.
- Beristáin, Helena. (2006). *Diccionario de retórica y poética*. México: Porrúa.
- Bravo, Benjamín. (2001). *Vocabulario de la religiosidad popular*. México: Dabar.
- Catecismo de la Iglesia Católica*. (1992). España: Asociación de Editores del Catecismo.
- III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. (1996). *La Evangelización en el Presente y en el Futuro de América Latina*. México: Editorial Basilio Núñez.
- Domínguez Hidalgo, Antonio. (1990). *Iniciación a las estructuras literarias*. México: Porrúa.
- Eliade, Mircea. (1972). *Tratado de historia de las religiones*. México: Era.
- Havers, Guillermo María. (1980). *Vivieron el Evangelio*. México: Obra Nacional de la Buena Prensa.
- López Mena, Sergio. (1993). *Los caminos de la creación en Juan Rulfo*. México: UNAM.
- López Mena, Sergio. (2001). *Perfil de Juan Rulfo*. México: Praxis.
- Maldonado, Luis. (1985). *Introducción a la religiosidad popular*. España: Sal Terrae.
- Maldonado, Luis. (1993). Religiosidad popular. En Casiano Floristán Samanes y Juan José Tamayo (Ed.). *Conceptos fundamentales del cristianismo* (pp. 1184-1196). Madrid: Trotta.
- Pimentel, Luz Aurora. (2005). *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*. México: Siglo XXI-UNAM.
- Rubial García, Antonio. (1999). *La santidad controvertida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rulfo, Juan. (1995). *Pedro Páramo y El Llano en Llamas*. México: Planeta.
- Soto A. y Rodríguez M. (2013). *Fidencio, nacido para servir*. México: AMC Producciones y departamento de comunicación y periodismo ITESM. Recuperado el 17 de julio de 2014 en YouTube.com.
- Zavala Alvarado, Lauro. (2007). *Manual de análisis narrativo. Literario, cinematográfico, intertextual*. México: Trillas.